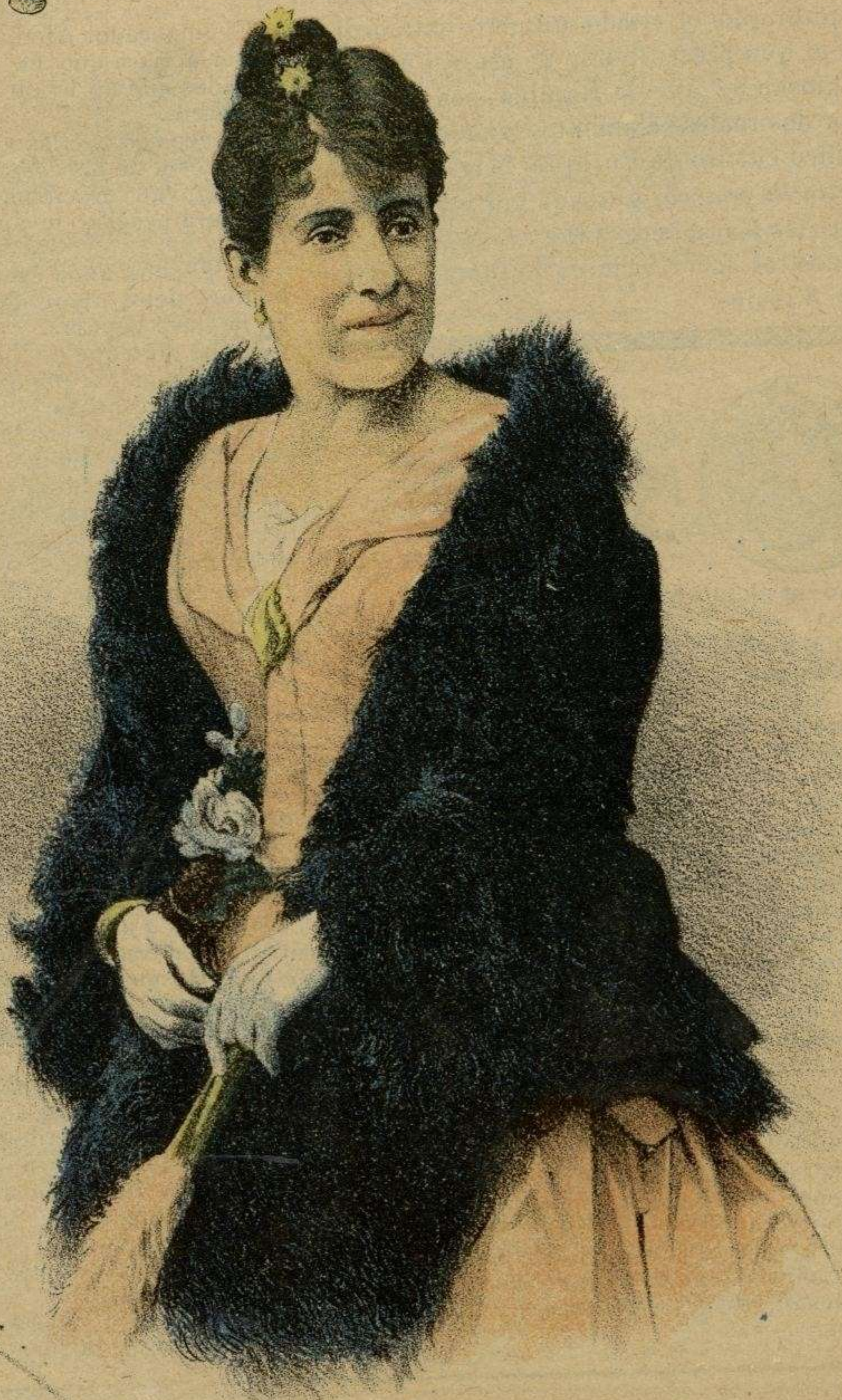


Precio 15 céntimos



ARTÍSTA DRAMÁTICA



ELISA BARDÓ.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

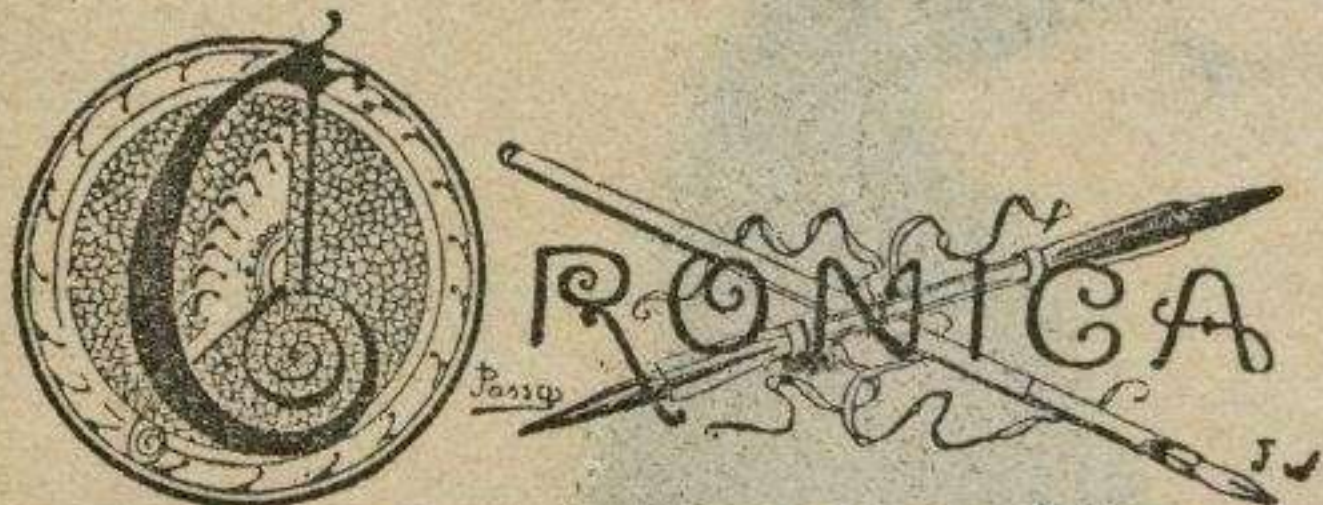
Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA

ADVERTENCIA

Continuamos preparando el número extraordinario, que corresponderá al 52 de esta colección, que es el próximo. El precio, como hemos dicho, no excederá al de los números ordinarios.

Además, queremos proporcionar otra ventaja á nuestros continuos favorecedores. Cuando se publique el citado número extraordinario, el que presente uno de estos números en el kiosco n.º 5 de la Rambla, podrá obtener por dos reales solamente, una copia del magnífico cuadro de Enrique Serra titulado *El Botin de guerra*, grabada por los afamados artistas Kaeseberg y Oertel.

A nuestros favorecedores de fuera de Barcelona, 3 reales.



Bueno es siempre justificar el nombre que uno lleva.

Yo conocí en cierta época un señor muy rico que se llamaba Garduña, por parte de padre.

Pues bien, á este Garduña le cogieron en cierta ocasión sacando el pañuelo del bolsillo á un transeunte.

—¡Un hombre tan rico! —le dijo el polizonte que le echó mano —¡No le da á V. vergüenza!

—Amiguito mio —contestó Garduña.—Es necesario justificar el nombre que llevo.

Lo mismo se puede decir de Apostolides, teniente de navio de la marina griega.

Cansado de la religión de sus mayores, Apostolides ha apostatado y ha abrazado el islamismo, sin duda para poder abrazar al mismo tiempo á dos docenas de odaliscas sin chocar con el mundo ni ser víctima del qué dirán.

Apostolides tenía que ser apóstata, como Garduña, tomador.

Lo más particular es que ese marino griego es descendiente del gran Canaris (marido sin duda de la Gran Canaria), patriota célebre que combatió por la libertad é independencia de la Grecia moderna.

¿Qué dirá, allá en el reinado de las sombras, el gran Canaris cuando sepa el desliz del pequeño Apostolides? Se estremecerá y le crujirán los huesos.

Mientras tanto su descendiente establecerá un serrallo para su uso particular.

Que es la única ventaja de la religión de Mahoma, ó del tío Maroma, como decía un chulo que no estaba muy al corriente en esto de religiones.

Pero consolémonos de la traición de Apostolides pensando en que el otro día en Málaga se ha hecho cristiano un moro que vendía dátiles y babuchas.

Nunca falta un roto para un descosido.

**

El emperador Alemania ha dado un rescripto imperial para que en Berlin sean perseguidos aquellos que en Francia se llaman *souteneurs* ó *alphonses*.

Parece ser que los niños que se dedican á vivir á costa de las desgraciadas mujeres de vida airada, van creciendo tanto en todas partes, que será preciso levantar una cruzada contra ellos.

En España anda escaso el género, porque el hombre tiene algun decoro todavía, sobre todo en la clase popular.

Yo no digo que en la clase media haya siete-mesinos y gallos que exploten mujeres viciosas ó viejas libidinosas; pero tampoco abundan.

Así es que por ese lado todavía llevamos alguna ventaja á las potencias de primer orden.

Nosotros aplaudimos la persecución iniciada en Berlin desde las alturas, porque para nosotros el ser más despreciable es el que vive á costa de las mujeres viciosas, sean jóvenes ó viejas, aristócratas ó plebeyas.

¡Guerra á esos gandules!

**

En los Estados Unidos se están ensayando varios sistemas para hacer llover, no habiéndose obtenido hasta ahora grandes resultados.

A pesar del talento de los *yankees* y de sus procedimientos quimicos, todavía no han podido conseguir lo que se llama un chaparrón.

En cambio los fakires de la India han obtenido una lluvia abundante por el siguiente método:

Cogieron á un devoto, atáronle por los piés, y con la cabeza hácia abajo, á una barra horizontal. Despues, sujetaron á su cuerpo otra cuerda, cuyo extremo conserva en sus manos un fakir encargado de voltear á la víctima como si fuese una campana.

A las tres vueltas se desmayó el devoto, pero ¡oh fortuna! las nubes descargaron una benéfica lluvia sobre los campos.

En vista de tan escelente resultado, aquellos brutos de la India piensan convertir en campanas á los fanáticos al primer asomo de sequía.

En esto se ve que el procedimiento religioso da infinitamente mejores resultados que el procedimiento científico.

Y que la India supera á los Estados Unidos en esto de hacer llover.

¿Qué es lo que debe hacer un rico propietario? Pues sencillamente vivir de la renta de sus propiedades, según nuestro leal saber y entender.

No lo ha comprendido así un ricacho de San Petersburgo que chorreaba el oro y vareaba la plata.

Este buen señor, según leo en *El Diluvio*, que á su vez lo copia de el *Galliganiss Messenger*, ha distraído sus ocios de la manera más entretenida del mundo. Ha matado á tiros á su mujer, á su suegra, á sus siete hijos y á sus criados.

Se le olvidó matar al casero para que la caza hubiese sido completa.

Ya sé lo que me van á decir, que ese ricacho era un imbécil como Benavent; pero yo imbécil y todo lo eliminaba del mapa, porque ¡caramba con las distracciones de los ricos propietarios!

Ahora solo falta saber si lo que dice *El Diluvio* por conducto del *Galliganiss* es una gallinácea ó un *canard*, que todo pudiera suceder.

En Helena (Mentana) ha sido capturado un famoso criminal que tenía amedrentada la comarca.

Pues bien, al examinar de cerca al bandolero ese ha resultado que no era un criminal sino una *criminala*.

Si, aquel feroz sujeto que se merendaba á los niños crudos y cometía toda clase de desmanes era una mujer.

Pero en nuestra humilde opinión es una señora imbécil, como ese pobre Benavent, y no se le debe dar por lo tanto importancia alguna.

Es claro que todos somos imbéciles, desde el que se entretiene en cazar moscas hasta el que prepara el escenario y los actores para cometer un crimen.

Porque en todo hay sus grados.

En la patria de Corneille se vió una causa de un desafío en que habia habido felonía por parte de uno de los combatientes.

Fué llamado á declarar como testigo el gran Alejandro Dumas, autor de *Los tres mosqueteros*.

—¿Qué es V.?—le preguntó el presidente.

—Poeta—contestó el gran novelista—si se puede ser poeta en la patria del gran Corneille.

—En todo hay sus grados—le replicó con suma discreción el presidente del Tribunal.

Lo mismo pasa con la imbecilidad; tiene sus grados; pero no se puede confundir al que me diese de puñaladas por la espalda con premeditación con el pobre *Y era bó* que me sacudiese un porrazo con su cítara sonora por burlarme de él.

Serían dos imbéciles, es verdad, pero el uno sería imbecil como soldado y el otro como capitán general.

Y basta de matemáticas porque no me quiero embrollar.

Concluyamos esta crónica con un epigramita, que no tiene su razón de ser más que en Barcelona, donde existen dos cafés llamados el Colón y el Suizo.

Cristobal Colón titula un poema... ó cosa así, que el hijo de Doña Tula suele leer por ahí.

Y el otro día un guasón esta observación le hizo:

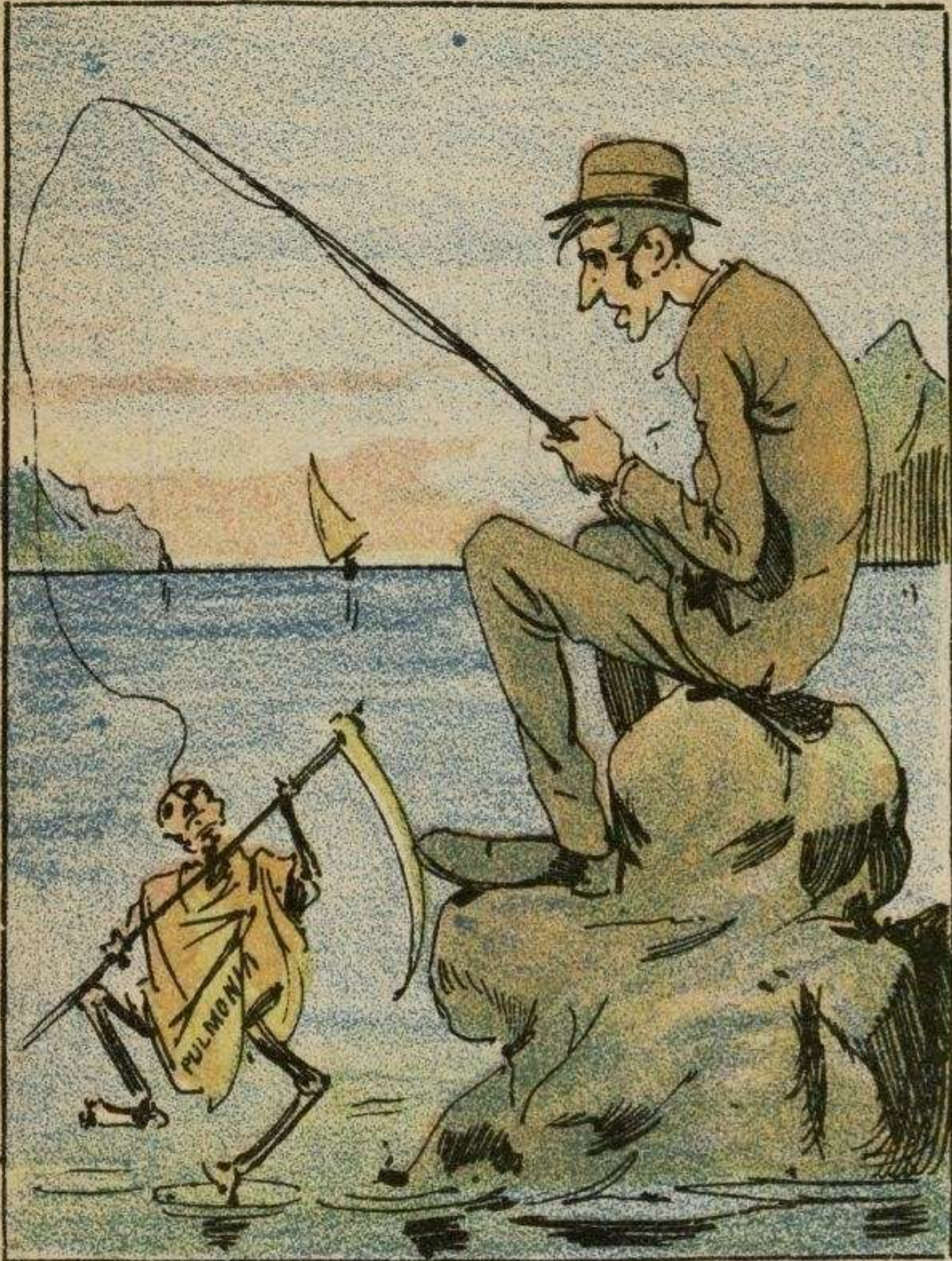
—¿Con que *Cristo va al Colón*?
Pues Santa María, al *Suizo*.

ELIDAN.

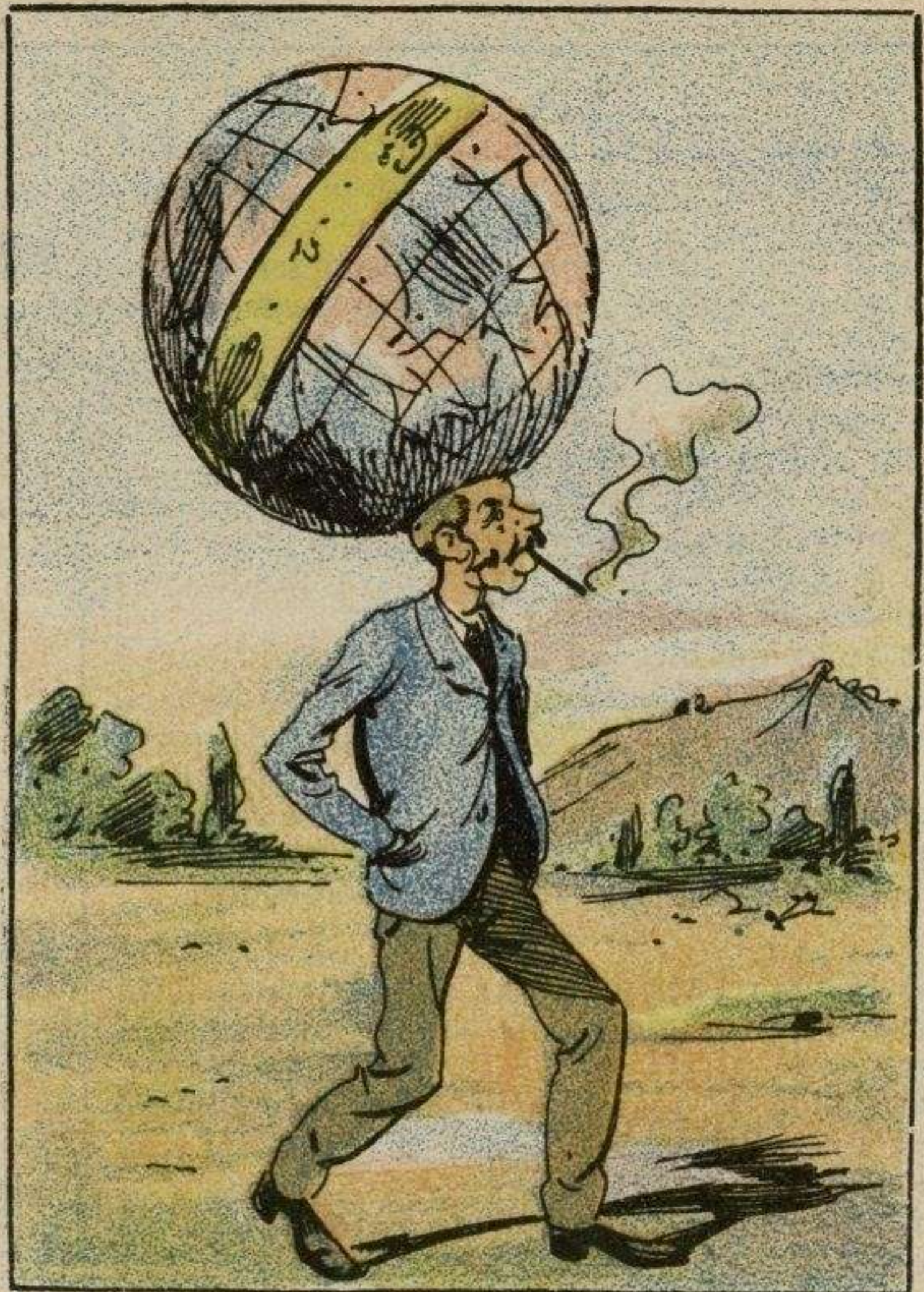
COMO CAMBIAN LOS TIEMPOS

Cuando de niño empecé
á darme á la poesía,
tan en serio lo tomé
que solo en serio escribía.
Romántico exajerado
era lo triste mi fuerte.
¡Válgame Dios! ¡Le he soltado
cada soneto *A la muerte!*
La fatalidad, el sino,
el hado, la parca fiera,
el arroyo cristalino,
y la tórtola parlera...
Todo junto le servía
á mi necia inspiración,
para hacer una elegía
que partía el corazón.
No hubo desgracia, ni duelo
que en verso no describiera.....
¡Si estaba pidiendo al cielo
que la gente se muriera!
¿Que airado el mar se tragaba
la barca de un pescador?
Pues yo en mi lira lanzaba
los lamentos del dolor.
¿Que un amigo se moría
viejo ó joven, listo ó zafio?
Pues zas! al siguiente día
publicaba el epitafio.
¿Que una madre acongojada
gemía en llanto deshecha?
¿Que por una granizada
se perdía la cosecha?
Pues yo enjugaba aquel llanto
con versos de arte mayor,
y maldecía en un *Canto*
al *granizo destructor*.
Escéptico y pesimista
¡me hacía unas reflexiones!...
Sirva de ejemplo esta lista
de varias composiciones:
Ludibrio, Dios iracundo,
Profanación y adulterio,
Los desengaños del mundo,
El ciprés del cementerio.
Pues, ¿y una composición
en que imitando á otros vates
con la mejor intención
decía estos disparates?
« Ay! El mundo en su falsía
» aumentará mi delito,
» vertiendo en el alma mía
» la duda de lo infinito.
» Triste, errante y moribundo
» sigo el ignoto sendero
» sin encontrar en el mundo
» un amigo verdadero.
» ¡Todo es falsedad, mentira!
» ¡En vano busco la calma!
» ¡Son las cuerdas de mi lira
» sensibles fibras del alma!
» El mundo en su loco anhelo,
» me empuja hacia el hondo abismo.
» Dudo de Dios y del cielo
» ¡y hasta dudo de mi mismo!

FRASES HECHAS



Péscar una pulmonia.



Ponerse el mundo por montera.



Tomar el sol.



Saltar por encima de todo.

LA LUNA DE MIEL



» ¡Esta existencia me hastía!
» ¡Nada en el mundo es verdad!...

¡y todo esto lo decía
á los quince años de edad!
Francamente, yo no sé
como algun lector sensato
no me pegó un puntapié
por necio y por mentecato.

Por fortuna, ya no siento
aquellas melancolias,
ni doy á nadie tormento
con vanas filosofías.
Ya no me meto en honduras
ni hablo de llantos y penas
ni canto mis amarguras,
ni las desdichas ajenas.
He cambiado de tal modo,
que soy otro diferente;
pues hoy me rio de todo
¡y me va perfectamente!

VITAL AZA.

LOS VALIENTES

Él dice que ha sido militar, pero que habiendo tenido un lance con el coronel de su regimiento, perdió la carrera, y el caso fué que por poco mata á todos los que formaban Consejo de guerra.

Las cosas que refiere parecen increíbles.

Una vez cogió por los faldones de la levita á un sastre, que quería cobrarle ocho duros por un pantalon de lanilla, y lo tiró á la calle desde un piso segundo. Otra vez, volviendo de una tertulia, se yió acometido por cuatro ladrones, y á éste quiero, á éste no quiero, despachó dos, dejando á los restantes bastante deteriorados. Es incalculable el número de cosas estupendas de que ha sido autor.

En diciendo Manolo Mochales, todo el mundo sabe que se trata del hombre más valiente de la provincia y que, por buenas, todo lo que quiera, pero ¡desgraciado del que le provoque!

—Hombre, ¿saben Vdes. lo que me ha pasado con el cobrador de contribuciones? —oye decir á un amigo en el café.— Fué á cobrar el trimestre y porque no quise pagárselo, me amenazó con el apremio.

Manolo descarga un puñetazo sobre la mesa y dice echando fuego por los ojos:

—¡Conmigo había de hacer eso! ¡De la primera bofetada le rompía el cráneo!

—Es que usted tiene un genio....

—No lo puedo remediar. A mí, no contrariándome, se me lleva de la mano como á un chiquillo; pero ¡que no me vengán con gritos ni imposiciones, porque me ciego!... Y después me pesa; crealo usted. En Lugo, hace ahora dos años, tuve unas palabras con un sargento de la guardia civil, y ustedes no saben lo que pasó allí.

—¿Le habrá usted levantado la mano? ¡Como si lo viera!

—¿La mano?... Lo que hice fué romperle la carabina en la cabeza. Y gracias al tricornio, no le dejé en el sitio.

Para Manolo no hay empresa difícil, ni fruto prohibido, ni respeto social, ni consideraciones: él se tira á fondo, según dice, y el día que se le antoje, entra en la Presidencia del Consejo de

Ministros y se calza la gobernación del país; solo que no quiere, porque nunca ha sido ambicioso.

Obsérvase que á pesar de su indómito valor, merced al cual podría conquistar los más altos puestos sociales, Manolo suele dar sablazos de á duro.

Hay quien pone en cuarentena los dotes de vigor de que blasona en todas partes, y algún paisano suyo asegura que todas cuantas bofetadas se perdían en el pueblo de su naturaleza, las encontraba Manolo indefectiblemente; pero ¿quién se atreve á formular delante de él una acusación semejante? ¡Buen genio tiene el mozo!

Sus compañeros de café le respetan y le admiran; los que solo le conocen de nombre, observan al famoso Manolo con la curiosidad y el temor que inspiran todos los héroes. Los demás pasan á su lado y no pueden menos de decir al contemplar la marcialidad de su apostura y lo cejijunto de su ceño:

—Este debe ser hombre de malas pulgas.

No hay nada que le enoje tanto como la cobardía de los demás. A la mesa del café concurre D. Celestino, que es una persona excelente; buen padre, buen amigo y buen esposo, pero tan infortunado, que cada dos ó tres meses le prenden por equivocación ó le pegan en la calle confundéndole con otro.

—¿Porqué se deja V. prender?— le dice Manolo sonriéndose despreciativamente.

—¿Qué quiere usted que yo le haga?— contesta él, bajando los ojos.

—Daría cualquier cosa porque tropezara conmigo uno de esos de policia.... Le aseguro á usted que iba á salir contento de mis manos.

A D. Celestino le empieza á cargar la insistencia con que Manolo pone de manifiesto sus poderosas facultades.

—¿Sabe usted que al tal Manolo le voy á dar yo dos bofetadas?— ha dicho á uno de los compañeros de mesa.

—¿Usted?

—Yo mismo.

—¿Está usted loco?

—Eso ya lo veremos despues que le haya reventado.

—¡Reventar á Manolo Mochales! D. Celestino no sabe lo que se dice.

Por supuesto, si llegasen á oídos de Manolo las bravatas de su compañero de mesa ¿á dónde iríamos á parar? Aunque tal vez no fijase en ellas la atención el valeroso joven, porque ¿cómo había de entrar en lucha con D. Celestino? Un hombre como él, dotado de una complexión de hierro, no querría descender hasta cruzar sus armas con un hombre achacoso é inofensivo. ¡Bah! D. Celestino podía seguir diciendo cuanto quisiera.

—Hay que desengañarse—decía Manolo cierta noche del pasado mes dirigiéndose á sus compañeros de tertulia.— En este país faltan corazones enteros. ¿No es una vergüenza que Gibraltar continúe perteneciendo á los ingleses? Vengan media docena de hombres como yo y antes de ocho días nos habremos metido en el bolsillo á la pérfida Albión.

Don Celestino oía el discurso de Manolo y meneaba la cabeza en señal de duda.

Pero, hombre —exclamó uno de los circunstantes.— Estoy admirado de lo atrevido que es este demonio de Mochales ¿Sería usted capaz

de ir á Inglaterra á pelear con los ingleses?

—¡Toma, toma! —contestó el aludido— No sería la primera vez. En Liverpool, el año 82, tuve siete desafíos con otros tantos oficiales del ejército, solo porque se atrevieron á decir que Inglaterra tenía más barcos que nosotros.

—Pues es verdad.

—Ya lo sé, pero no consiento que delante de mí se sienten afirmaciones humillantes para mi nación. ¡Si todos fueran como D. Celestino, que se deja prender cada tres meses!....

Don Celestino se revolvió en su silla como si estuviese sentado sobre un cepillo de alambre.

—Don Celestino —siguió diciendo Manolo con aire zumbón— ¿sería usted capaz de batirse con un oficial inglés? Vamos sea usted franco,

El aludido miró fijamente al valentón; después, acercando á sus labios la taza llena de humeante líquido, hizo un gesto de profundo desden.

—¿Se ha enojado usted conmigo? —siguió diciendo Manolo— Pues lo siento, porque va usted á tener el trabajo de desenojarse solo.

La fisonomía de D. Celestino experimentó una ligera contracción; después, dejando sobre la mesa la taza de café, dijo con reposado acento:

—¿Y si yo le dijese á usted que le voy á romper el alma?

Manolo no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Eh? — se atrevió á decir, tratando de aparecer sereno.

Pero ya D. Celestino se había apoderado de la media tostada que acababan de servirle, y antes de que su interlocutor tuviera tiempo de esquivar el golpe, arrojó violentamente á su cabeza el medio panecillo untado de manteca.

Lo que sucedió entonces no es para decirlo. Manolo poseído del terror, se dejó caer debajo de la mesa; D. Celestino cogió la botella del agua y comenzó á verterla sobre el valentón; los tertulianos todos sujetaban á D. Celestino creyendo que había llegado su última hora, pues Manolo volvería en sí, y era hombre para lavar con sangre la afrenta. Gritaban los mozos, los parroquianos pacíficos abandonaban el café y D. Celestino, cansado de humedecer á Manolo con toda suerte de líquidos, trataba de hacerle salir de su escondrijo dándole puntapiés.

—¿Leoncitos á mí? —gritaba D. Celestino desabrochándose los puños de la camisa como si fuera á desollar á su contendiente.

—¡Eh! ¡Me ha cogido V. la acción! Eso no vale —decía Manolo tratando de meterse debajo de la banquetta.— Mañana nos veremos en el terreno de los hombres de honor.

—Toma terrenos— contestaba D. Celestino, dándole puntapiés.

Cuando los amigos consiguieron sacarle del café y acudieron á auxiliar á Manolo, éste, convertido en estropajo á consecuencia de las humedades y los golpes, se acordó que había estado ejerciendo de bravo toda su vida y que aquella escena iba á dar al traste con su reputación, y entonces dijo que le trajeran á D. Celestino porque se lo quería comer vivo y que aquello no quedaría así de ninguna manera.... y patatín, patatán.

—Vaya, Manolo, serénese usted;— le decían sus compañeros creyendo que el león sacudiría la melena y tomaría fiera venganza destrozando entre sus garras á D. Celestino.

—¡Déjenme ustedes, y no pidan clemencia para ese traidor, que me ha vencido por sorpresa! —decía el valentón arrancándose mechones de pelo.

Costó Dios y ayuda convencer á aquella fiera, de que debía retirarse á descansar y á darse un jabon, pues la manteca le corría por la frente; y solo después de muchas súplicas, Manolo se decidió á abandonar el café, no sin prometer que buscaría á D. Celestino al día siguiente para arrancarle el corazón....

—¡Dios mío! ¿Qué va á pasar aquí?— decían los amigos temblando por la futura suerte de D. Celestino.

Pero nadie ha vuelto á saber de Manolo.

Hay quien cree que se embarcó para Cuba.

* *

A mi todos estos valientes de profesión me causan risa.

Conozco á un sugeto llamado Bombarda, que no habla más que de disparar tiros y armar motines y colgar á los aristócratas de los faroles y beber sangre humana.

En cierta ocasión hablábase en los círculos políticos de próximos trastornos y nuestro hombre acudió embozado hasta las cejas á la calle de Sevilla.

—¿Qué hay?— dijo con acento terrible, metiendo la cabeza entre un grupo de curiosos.

—Que va á haber tiros,— le contestaron.

—¡Ojalá sea ahora mismo!— replicó bajando el embozo y registrándose los bolsillos como si buscara un arma.

Oyose un ruido seco, semejante á una detonación de arma de fuego.

—¿Se ha armado ya?—preguntaron algunos.

—No —dijo uno que llegaba— es que se ha caído un tiesto desde aquel balcon....

Los del grupo buscaron con la vista al feroz Bombarda.

Pero Bombarda corría en aquel momento hacia su domicilio como si le persiguiese una legión de demonios.

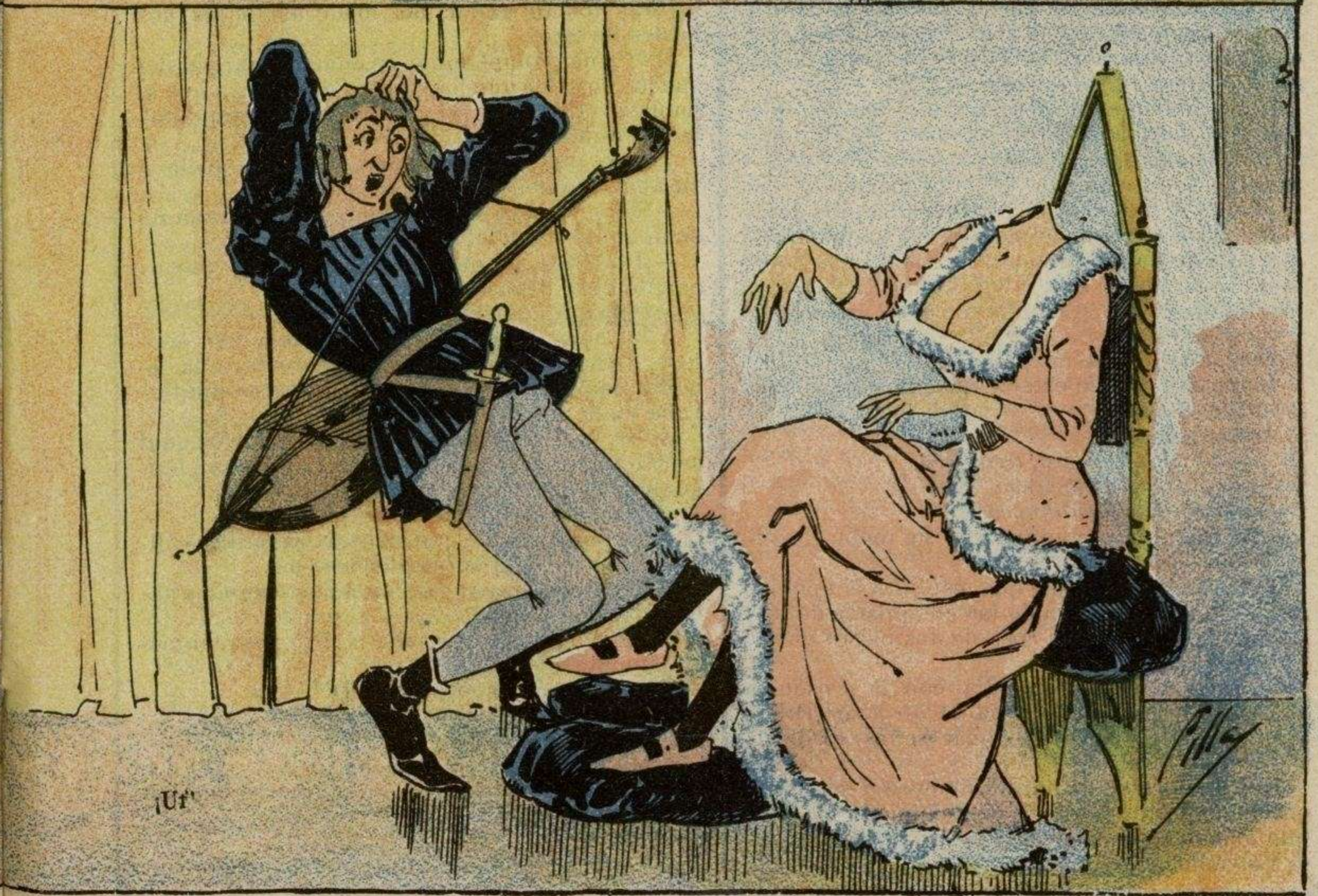
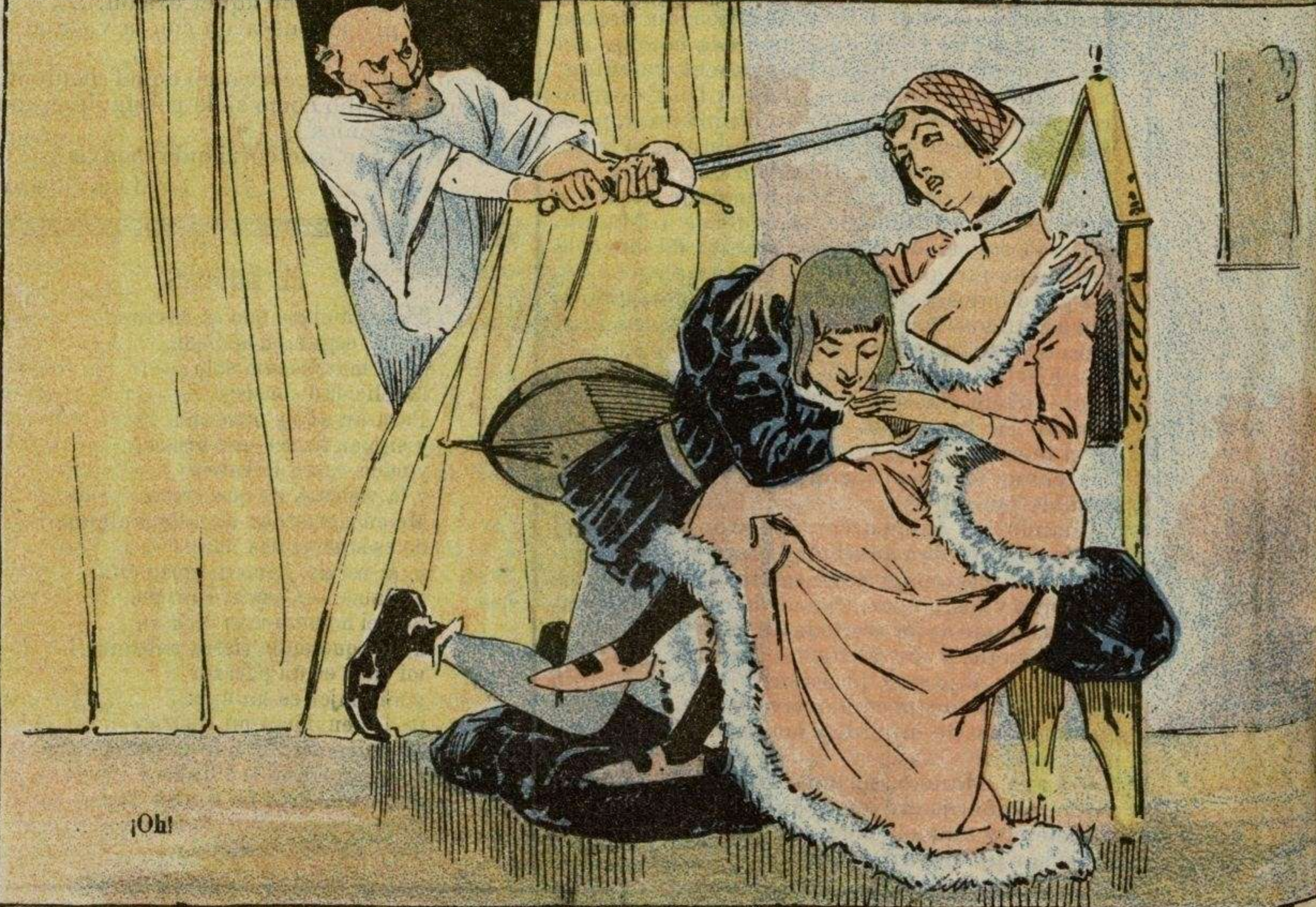
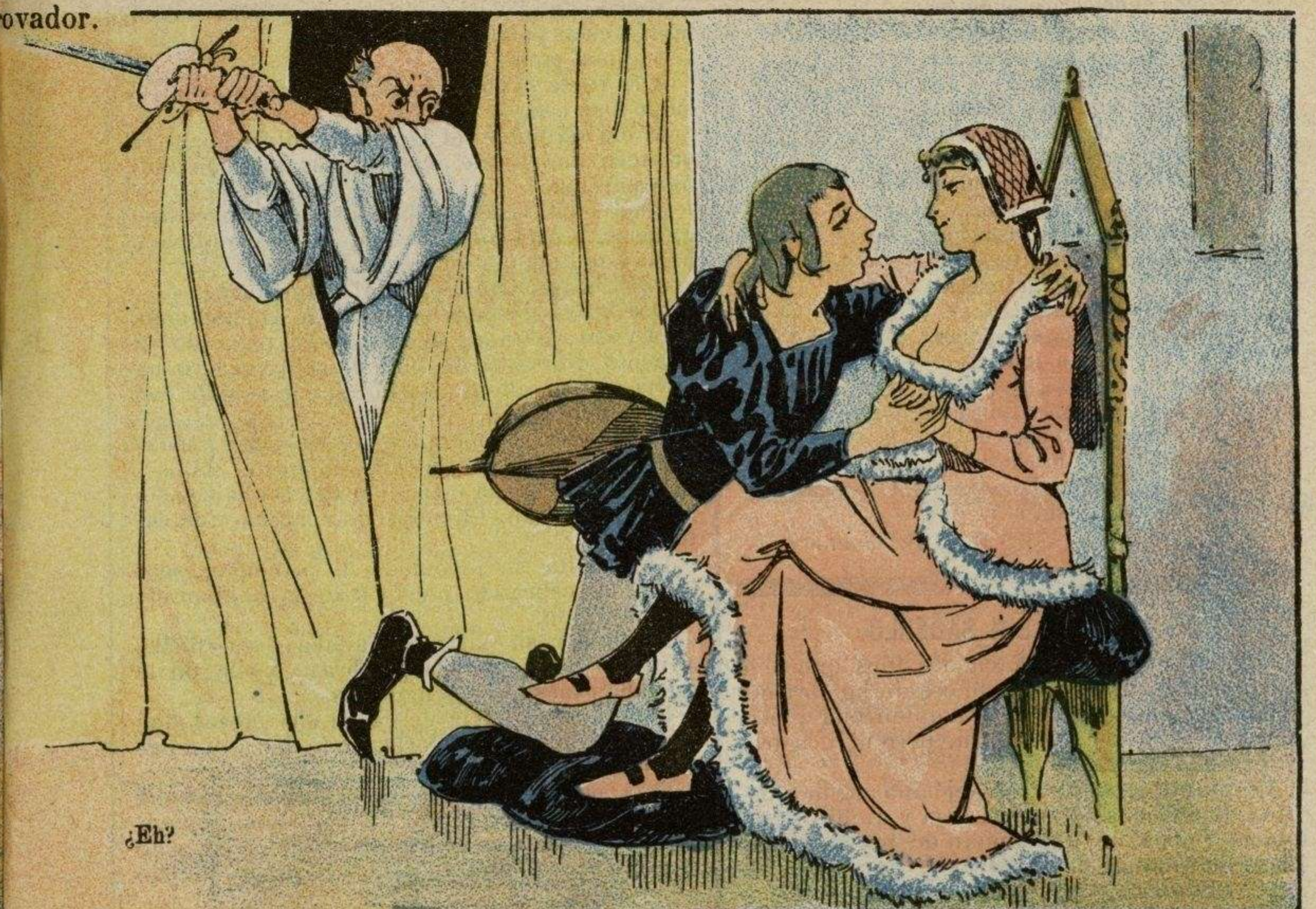
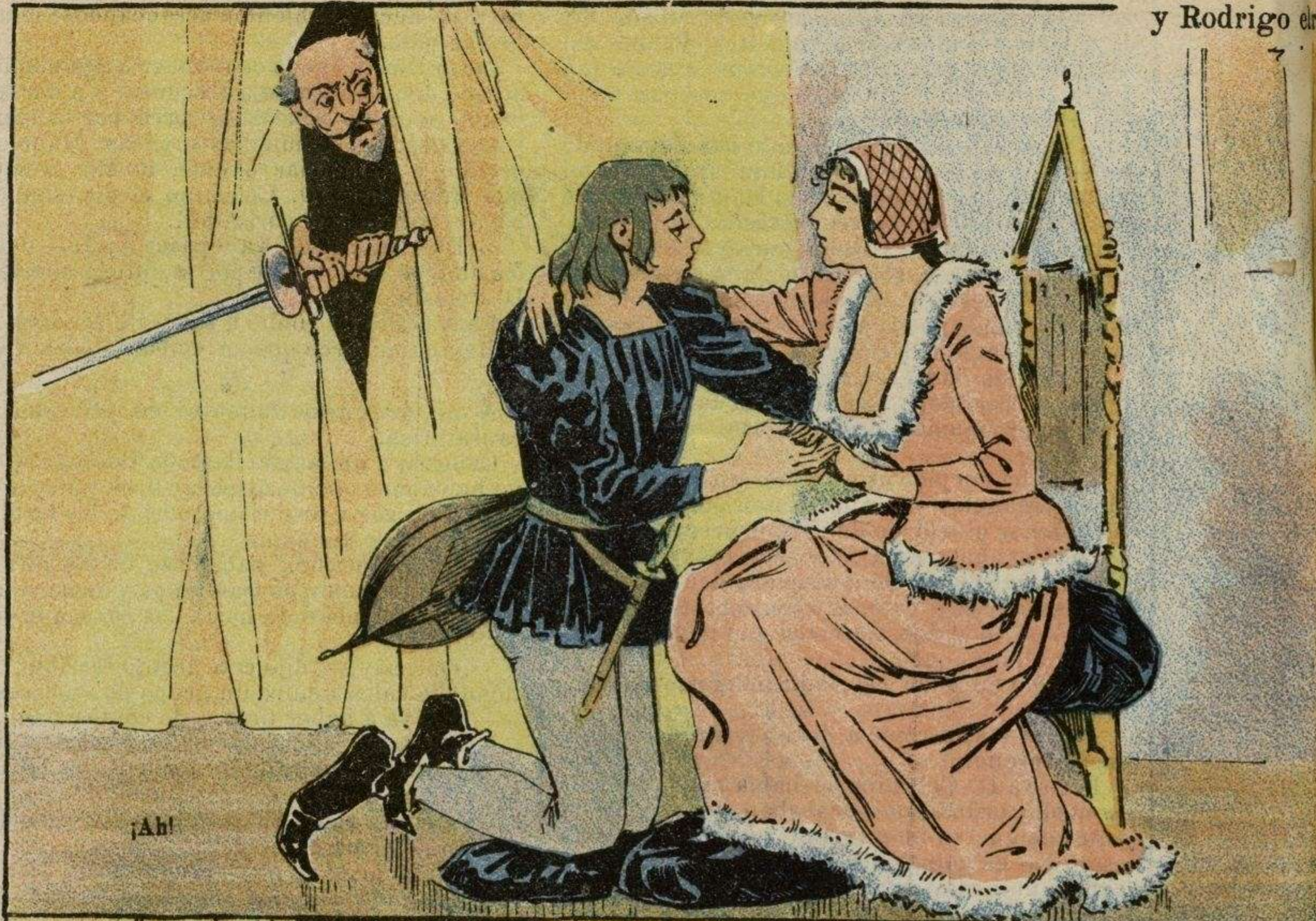
Y puede que esté corriendo todavía.

LUÍS TABOADA

EL BUSILIS

Tengo amigos que se casan
y que, según ellos dicen,
en el matrimonio solo
la felicidad consiste.
Pasa un año y otro año,
y siguen firmes que firmes,
y nada turba la calma
y la ventura en que viven.
Me encuentro en la calle á alguno
de esos mortales felices
y, al verme, lleno de gozo
exelama:— ¡Cásate, Enrique!
Soy el hombre más dichoso
de los que en la tierra existen;
mi casa es un paraíso
y mi mujer es un dije:
¡todos envidian mi suerte!—
¿Y quién será el que no envidie
á ese afortunado Piramo
que ha dado al fin con su Tisbe?
Pero al separarme de ese,
doy con otro de narices

La vengada del honor
ó La condesaatriz
y Rodrigo el trovador.



que lleva en su rostro impreso
 todo el dolor que le affige;
 absorto y meditabundo
 fija en mí sus ojos tristes
 y con voz ahogada exclama:
 —¡Ay no te cases Enrique!
 Dichoso tú que en el mundo
 feliz y tranquilo vives
 sin que la aguzada espina
 de los lazos te lastime.
 Busqué la dicha casándome,
 el chasco ha sido terrible!
 hoy mi casa es un infierno,
 mi mujer es una tigre.—
 Y las quejas de este pobre
 tal mi corazón oprimen,
 que al verme soltero, digo:
 —¡Qué feliz eres, Enrique!
 Y de estos dos pareceres
 tan opuestos, tan hostiles,
 deduzco que en la mujer
 es en donde está *el busilis*.

JUAN DE COUPIGUY

UN SUECO SIN SABERLO

D.^a Ana era viuda. Hacía dos años que se le había muerto el marido, que era un hombre entrado en años y en alifafes, á quien ella quería mucho. Esto lo decía D.^a Ana, pero ni nosotros ni nadie lo creía.

El difunto (q. e. p. d.) le dejó una regular fortuna, una criada llamada Lucía y un loro magnífico, regalo de un capitán de barco, amigo desde la infancia de D. Serapio, que así se llamaba el muerto.

D.^a Ana vivía en el Ensanche, de sus rentas. No me quiten Vdes. la coma, señores cajistas, porque van á crear los lectores que las rentas de D.^a Ana se ensanchaban mucho.

En la calle de Aragon, número tantos, piso cuantos, lloraba esta señora su viudez sin tener otro consuelo que la charlatanería de Lucía y la del loro, que eran dos señoras charlatanerías.

¡Y qué mono era el loro! ¡Cómo llamaba desde el balcon á la vendedora de fresas y ajustaba la mercancía, dando despues un chasco á la pobre mujer cuando se enteraba! ¡Cómo increpaba á los municipales! ¡Cómo llenaba de dicterios á los transeuntes!

Era la delicia de la vecindad.

Lucía siempre le estaba enseñando las canciones de moda.

Aquello de

*Zapatero, tero, tero,
 mete la lesna
 por el ahugero*

lo cantaba el loro con una voz de tenor constipado que daba gusto.

D.^a Ana de Pantoja, que este era el apellido de la viuda (como una de las conquistas del señor de Tenorio) hacía cosa de dos meses que se hallaba preocupada.

Su preocupación coincidía con la presencia en la calle donde ella vivía de un joven rubio, alto, elegante y sueco por más señas, es decir, natural de Suecia.

Hasta ahora se ha puesto siempre á los ingleses como prototipos de la originalidad. Yo creo que más lo son los suecos.

Volvamos al asunto.

Un día, al entrar D.^a Ana en casa, se acercó el sueco con ojos lánguidos y amorosos, y solo la dijo estas palabras.

—¡Ama! ¡ama!

A la viuda le chocó el joven y la expresión, y subió á su casa pensativa.

Al día siguiente, al sacar el loro al balcon, lo primero que vió fué al sueco mirando con afán hacia arriba.

Como es natural, la buena señora se resintió un poco, y más cuando vió que el escandinavo hacía con la mano un gesto de gracias.

—¡Habrase visto insolente!—murmuró.

Dos horas despues se volvió á asomar doña Ana y vió de nuevo al extranjero plantado en la acera. Por la tarde, cuando retiró el loro, todavía estaba allí el moscón, que la saludó con mucha deferencia.

Desde aquel momento, todos los días y á todas horas estaba allí, en la calle, el sueco.

D.^a Ana y Lucía no podían salir al balcon sin tropezar con aquel hombre que parecía una estatua.

La viudita se incomodó al principio, pero luego fué cobrando afecto á aquel enamorado empedernido.

Lucía por su parte le hallaba buen mozo, aunque rubio. Son sus palabras. A ella no le gustaban más que los morenos.

Este plantón hacía cerca de dos meses que duraba, y el hijo del Norte no le decía una palabra á la viuda.

Esta, por conducto de su criada que lo fué á averiguar, supo que era un riquísimo comerciante de maderas llamado Nvrizopt. (Así, siete consonantes y una vocal, y que lo pronuncie quien sepa.)

¡Mal debían andar las maderas en los dos meses de *oseo*!

D.^a Ana, completamente enamorada ya del sueco, no sabía qué hacer para decirle á que le hablase. ¡Es claro! ¡Se mostraba el pretendiente tan tímido!

Lucía, mujer de recursos, dijo una noche á su ama, á quien vió muy pensativa:

—Señora, poco he de poder yo si mañana no sube aquí ese caballero.

—¡Por Dios, no me comprometas! No quisiera que él se llegase á figurar...

—Déjelo V. por mi cuenta.

A las once del siguiente día, Lucía con pretexto de hacer fiestas al loro y de mudarle la comida, dejó caer á la calle un plumero que llevaba en la mano.

El Sr. Nvrizopt acudió presuroso, cogió aquel artefacto de servicio doméstico y dijo en un lenguaje chapurrado:

—¡Bacar oisté! ¡Aquí tener plumerro!

—No puedo bajar, que estoy en zapatillas—dijo desde el balcon la maritornes.

—Excelente ocasionamiento parra subir y hablar del mio negocio.

Subió el sueco y la criada le hizo pasar inmediatamente á la sala.

Poco tiempo despues entró D.^a Ana.

—¡Caballero!

—¡Señorra!

—Me ha dicho la muchacha...

—Sí, que he subido con un plumerro que había descendido de arriba.

—Eso es.

—Yo tener muchas ganas, ganas incomensu-

rrables de hablar unos pocos momentos con oisté.

—¿Y por qué no lo ha hecho V.? ¿Soy alguna fiera?

—¡Oh no! Yo ser solamente muy temido.

—Temible, querrá V. decir.

—¡No! ¡Temido! ¡Tener mucha temidación... temidez!

—¡Ah! ¿Timido?

—Aso es. Yo mochas veces proponerme subir y mochas veces quedarme en el portero.

—¿En el portero?

—En el portero, querer decir. Hoy, gracias á la derrumbamiento del plumerro, puedo presentarme á oisté.

—Pues diga V. lo que se le ocurre.

—No atreverme.

—Hable V.; estoy dispuesta á ser muy indulgente con lo que V. me diga.

—Desde la momenta de ser así oisté, le dirré que yo me llamo Nvrlzopt...—y pronunció este nombre de un modo que envidiaría el actor Rossell—Yo tener una posición desahogado; capaz de hacer un sacrificamiento por algo que me guste.

—(Va á pedirme la mano)—pensó la viuda.

—Yo ser solterro y tener gustos delicadísimos... Yo estar enamorado.

—(¡No lo dije!)—volvió á pensar la viuda.

—Sí, yo estar enamorado, locamente, con deliramiento, del loro que oisté tiene en el balcon y vengo á preguntar á oisté el precio.

Cien rayos y veinte centellas que hubieran caído no hubieran dejado tan parada á D.^a Ana como quedó.

Hubo un momento de silencio.

Despues, levantose furiosa y comenzó á gritar:

—¡Lucia! ¡Lucia!

—¿Qué se ofrece? dijo esta apareciendo.

—Acompaña á este caballero hasta la puerta y retuerce inmediatamente el cuello al loro.

Y al decir esto se alejó echando espumarajos de rabia.

Cuando el Sr. Nvrlzopt bajaba las escaleras iba murmurando:

—¡Oh! ¡Estas señorras españolas ser incomprendibles!

DANIEL ORTÍZ

PROTESTA

(Á UNA SOLTERONA BEATA Y CASAMENTERA)

Cese usted ya, señora, en su manía,
déjese de casorios,
y no vuelva con *hermosos planes*
á quitarme el reposo.

No vuelva un casamiento á proponerme
con esta ó la otra chica,
porque os juro, señora, que soltero
me pasaré la vida.

Que si Dios dijo: «Unirse en matrimonio»,
no encargó á las beatas
de arreglar este asunto (que yo sepa),
pues... sería una guasa!

A usted que tiene oídos más sermones
que yo tengo pecados,
(y son muchos los míos) ¿no le causa
su proceder espanto...?

Y no le dice el confesor paciente
á quien va á *dar la lata*
tantas veces al día (y aun de noche)
que está usted condenada...?

¿No tiene usted, señora, por desdicha
en qué pasar el rato?

¿Qué? ¿no hay misas bastantes, ni sermones...?
Pues, hija... al Padre Santo...!

Mas no me venga con la vana idea
de hacernos que se cumplan
de Dios los mandamientos, y nos case
como quien... caza grullas!

Pues quedó usted para vestir imágenes,
puede estar ocupada:

Ora las viste, las desnuda y... luego...
¿porqué no ha de casarlas...?

SEGUNCO LOZANO

COSAS QUE FUERON

—¡Qué rica estaba la chuleta de anoche!

—¿Estará en punto la chuleta de mañana?

Sobre estos dos polos gira la felicidad del hombre y de la mujer que nos hace el duo en la zarzuela de la vida, variando el simil á gusto del consumidor.

Ayer es uno de los polos, *mañana* el otro; *hoy* es el eje que los une; por eso decimos cuando la adversidad presente nos combate; estoy partido por el eje.

Ayer, hoy, mañana; tres puntos son de la línea recta que nos conduce al sepulcro, usando una figura propia de nuestros más fúnebres poetas.

Hoy me he levantado filósofo sin saberlo, como hay quien se levanta imbecil todo el año y no lo advierte aunque se lo digan los amigos.

La filosofía no es tan útil para desayunarse, como el chocolate de la Riojana, pero es mucho más barata, y está al alcance de todas las fortunas intelectuales. Filosofemos, pues, á falta de operación más nutritiva.

Hablaba del pasado, del presente y del porvenir; del recuerdo, de la actualidad, de la esperanza.

El presente es materialista, brutalmente materialista; el porvenir es la eterna esfinge; el perenne problema, lo desconocido, por más que andan por ahí muchas gentes convencidas de que su porvenir está en la cárcel; el pasado hace las veces de bálsamo tranquilo para las heridas del alma, envejece las deudas, momifica los dolores, y conserva en una especie de salmuera psicológica, el recuerdo de la dicha que pasó.

Al porvenir acompaña siempre la incertidumbre; lo que no ha sido, es una hipótesis; lo que fué, es un hecho sumergido en la dulce penumbra del recuerdo; lo que es, desbumbra y fatiga por demasiado rudo.

Recordemos la infancia de esos casilleros misteriosos en que el cerebro guarda la memoria, no solo el recuerdo de los azotes, ni de los ayunos forzados en el calabozo del colegio. Salen sí, la deliciosa escapada al campo, el caballo de tamaño natural que nos regaló un tío rico, la comilona del día del santo, la imagen de la primera novia, una niña que se nos aparece sonriendo, rodeada de todos los encantos de esa edad en que las faldas femeniles luchan con el

LA CURIOSIDAD CASTIGADA
6
ES SOBRINO DEL BOTICARIO



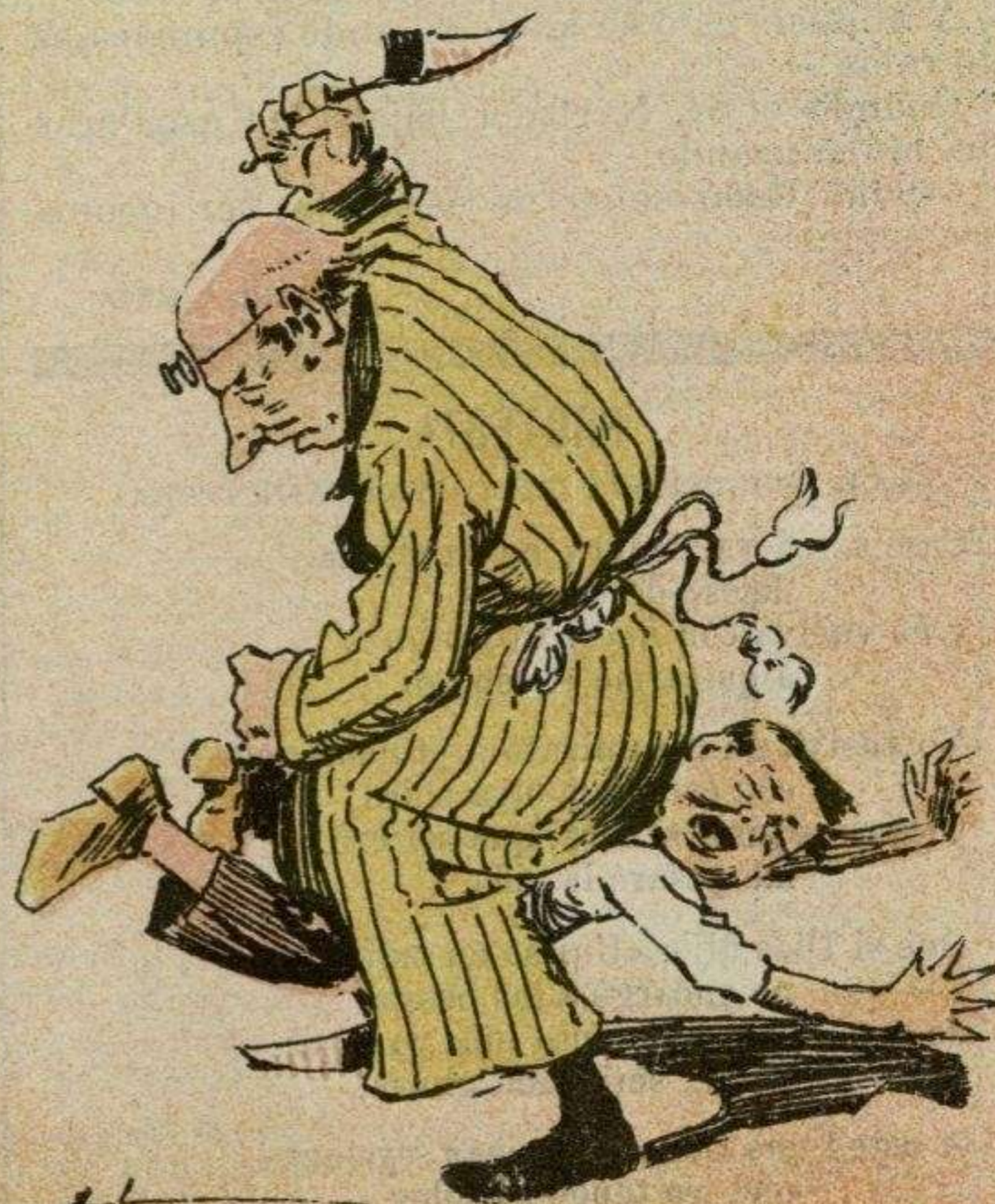
—¡Calay! ¡Este debe ser jalabel!



—¡No quiere saltar el tapón, calay!



—¡Ay!



Y llega corriendo el tío
y á su sobrino lilaina
le sacude una azotaina
de padre y muy señor mío.



De cómo muchos racimos pueden hacer un solo racimo.



Susana y los viejos.

tenaz crecimiento de las piernas. El primer reloj, el primer duro y los primeros pantalones largos, estarán siempre en nuestra memoria.

Detengámonos en la actualidad infantil, en el espectáculo de los niños del día. A los siete años apestan á tabaco de contrabando; á los nueve han intentado suicidarse; á los quince ya han cometido varios raptos con escalamiento y fractura consiguiente. Resumen, que reniega V. de una niñez que es decrepitud en pañales; que nos molesta la brutalidad del presente.

Pues, por lo contrario, se echa V. á nadar en el mar de las conjeturas se empeña V. en iluminar con fósforos,—las ideas,—las simas de lo desconocido,—el porvenir.—La primera duda que se nos ocurre, es tremenda. ¿Viviré dentro de un segundo? Y aquí comenzamos á no tener quien nos conteste de una manera categórica. ¿Me quitarán el empleo de aquí á mañana? Es probable, contesta ese ave agorera de los presentimientos, que se nutre de nuestra tranquilidad. ¿Comeré á diario de aquí en adelante? Un encojimiento de hombros se dibuja en la oscuridad, y se ve aunque se tengan los ojos cerrados: como se sigue viendo la escena terrible que nos impresionó aunque cegáramos despues de haberla visto.

Es el porvenir, clarada que siempre conserva indescifrada lo menos una sílaba, la más esencial; mientras el pasado no tiene secretos, y tiene enseñanzas.

Cualquiera tiempo pasado fué mejor, dijo el poeta de los albores de nuestra lírica; y esta sola condición basta para que yo adore lo pretérito y por ello me perezca.

Para los que somos abonados diarios á la desgracia, importa mucho cualquier alivio de la aciaga suerte, aunque sea mental. ¡Qué bien me fué en tal parte! ¡Cuánto dinero gané el año X! ¡Qué bonita era Fulana! Aquí tiene el lector unas cuantas fórmulas de felicidad para uso interno, que solo las despachan en la farmacia de los recuerdos.

Mirase el tiempo lejano, por medio de unos lentes maravillosos que poetizan cuantas imágenes llevan al cerebro. De aquí que el recuerdo nos produzca dulce tristeza, y las investigaciones en el porvenir amargas inquietudes; y de aquí el vulgar adagio: «más vale malo conocido que bueno por conocer.»

El goce del momento presente, bestializa, si la frase puede tolerarse; el goce que pasó, tiene ese calor tibio, esas tintas rosadas, esos efluvios tristes, de un sol que lucha en el ocaso por enviarnos el último beso.

El soplo misterioso del tiempo que dá sus tonos amarillentos al marfil; el polvo de las bibliotecas; el moho que cubre el hierro; las plantas parásitas que hacen su habitación en las ruinas; las inverosimilitudes de la leyenda; todo esto participa de las condiciones del recuerdo, y evoca dulcísimas remembranzas.

De mí sé decir, que estimo más la memoria de un pavo que me regalaron el año pasado por pascua, que la hipótesis de otro pájaro de la misma familia, que puedan pensar en regalarme dentro de un quinquenio.

Aunque no fuera más que por la virtud que el pasado tiene, de hacer mejores á los hombres, habría que preferirle á la actualidad, que los presenta como son, y al porvenir que sabe Dios

cómo los pondrá.

—¡Qué hombres aquellos los del 54!—dice una viuda progresista, lamentando la decadencia y falta de vigor de la generación presente.—Mi marido estaba veinticuatro horas seguidas de centinela, y cuando volvía á casa me lo encontraba más firme que nunca. ¡Ya no hay corvas, ni granaderos de la libertad, ni nada!

—Novios como los de mi época, no los volverá á haber!—Dice una madre regañando á su niña por ciertos excesos de aproximación que ha notado.—Ahí está tu padre, que en los 24 años de nuestras relaciones, lo más cerca que lo vi fué como desde aquí á la acera de enfrente; y tanto es así, que no reparé en que era tuerco hasta la mañana siguiente de la noche ¡ay! de novios.

—Para hacer ropa, nadie como los antiguos. ¿Ve V. esta capa? Pues estrenándola estaba yo el día que entraron los franceses.—Exclama un caballero de la edad del megaterio mostrando una capa monumental, que si la empeñaran al peso podrian dar por ella seis mil reales, aun respondiendo de polilla.

Nessun maggior dolore che ricordarsi della felicità nella disgrazia, ha dicho, tal vez con prosodia y ortografía mejores, el clásico italiano. Pero eso debe entenderse con los insaciables de la suerte, con los felices á todo trance.

Los demás, los que marchamos en progresión creciente hacia la infelicidad, nos daremos con un canto en los pechos si el día de ayer fué un poquito mejor que el de hoy; y tiene que serlo, porque así como el agua pasada no muele molino y muerto el perro se acabó la rabia, el disgusto que nos dieron no nos lo están dando en este momento.

Aquí del niño precoz aquel, que acordándose de que el único día que dejaron en paz á su padre los acreedores, suegra, esposa, cuñados y amigos impertinentes, fué el de su fallecimiento, decía cuando le preguntaban qué quería ser:

—¿Yo? Cadaver de cuerpo presente, hasta que me muera.

JUAN J. RELOSILLAS

MISCELANEA

Pensamientos de un desocupado.

Las coquetas son como los platos llenos de manjares de cera: escitan el apetito de los bobos, y no les satisfacen.

La poesía es una especie de azafrán, que sirve para dorar el caldo incoloro de la existencia.

Si el casarse es dar con la horma de su zapato, la viudez puede ser considerada como un tirabotas.

Dios bendice á las familias numerosas. Si les diese habitación gratis... ¡qué golpe para los incrédulos!

Entre los animales salvajes, el peor de todos es el tirano; entre los domésticos, el adulador.

El desprecio es una píldora que se traga fácilmente; pero que no se puede masticar sin hacer visajes.

Los moralistas no ponen en práctica todas sus máximas; pero ¿por ventura los zapateros se calzan todas las botas que hacen?

La señora de un amigo nuestro hace pocos días que tomó un criado, el que por ignorancia

ó malicia se entró ayer de rondón en el tocador de su ama para darle un recado.

—Tenga V. siempre cuidado de preguntar si se puede entrar ó no, por que un día me va V. á sorprender medio desnuda.

—Pierda V. cuidado, señora —contestó el criado —eso no me sucederá nunca, porque antes de entrar siempre miro por el ojo de la cerradura.

Una gata de Angola amiga mia
en Diciembre murió de pulmonía,
y un perro peruano
murió de insolación en el verano.
Teótimo, hijo mio,
nunca tengas calor ni tengas frío.

En una estación de ferrocarril.

—¿Me da V. un billete de los más baratos, para Belchite?

—¿Lo quiere usted de tercera?

—¿No lo hay más barato?

—Como usted no quiera uno de oveja...

—Pues bien, sí; déme V. un billete de oveja.

Cantares

Sin que avise la trompeta
del juicio en algunos Centros
se están abriendo las *timbás*
y se levantan los *muertos*.

Todos los coches del trén
deben llevar un letrero,
que diga sencillamente:
—Va directo al *Cementerio*.

Miro en cada pasajero
á un desgraciado suicida;
por que no viaja en los trenes
quien tiene apego á la vida.

«La mujer que sale mala
no reñirle ni pegarle»
Meterla en un trén del Norte
que no habrá Diós que la salve.

PERICO DE LOS P.

—Han vuelto á subir el pan.

—¿Si? ¡Me alegro! —dijo un cesante. ¡Yo vivo en un quinto piso!...

Pequeñeces

(NO DEL P. COLOMA)

Al manco Juanito Llano
le *tocó* la lotería
y dice su amigo Andia,
que tiene muy buena mano.

El hacendado Juan Rio,
le decia la otra tarde
al ciego Juan Calomarde:
—Todo lo que ves es mio.

LUIS ALBARADO.

—Esa cicatriz que ostenta
el general en su rostro,
¿es fruto de una batalla?

—Es porque se afeita solo.

D. Hipólito es el hombre menos aseado de este mundo, y su amiga la baronesa del Fuelle,

quiso darle una lección regalándole media docena de pastillas de jabón de olor.

Poco después encontró la baronesa á D. Hipólito.

—¿Qué tal las pastillas? —le preguntó.

—Olián bien, pero las encontré un poco sosas —contestó él.

—¿Pero qué hizo V. con ellas?

—¡Otra! ¡Me las comí!

Décimas psicológicas

Cuando se ve en la enramada
el baile de los pastores,
y los pájaros cantores
huyen á la desbandada,
y cuando el ave encerrada
se lamenta en sus canciones
de las injustas prisiones
á que se ve sometida...
Al ver esto, á mi enseguida
¡me pican los sabañones!

Cuando veo al jilguerillo
cómo á sus hijuelos llama
y salta de rama en rama
á lo alto del arbolillo,
y al ver de su pluma el brillo
en el agua reflejada,
y al saltar por la enramada
lanzando al aire sus trinos...
con él y cuatro pepinos,
¡qué magnífica ensalada!

Ni el perfume de las flores
ni las gotas del rocío,
ni el bosque verde y sombrío,
ni los pájaros cantores,
ni los cantos seductores
que entonan en tú balcón,
ni del ave la canción,
ni del marino el lamento
le importaron un pimiento
¡desde que murió, á Sansón!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.



E. B. (Baleares).—Ese género no va bien para este semanario.

F. F. P. —Eos cantares no tienen nada de particular.

Merlin (Valladolid).—Irán todos.

F. de la E. (Madrid).—Irá algo.

Teodorito (Madrid).—Dice V. que la poesía titulada *Melonadas* y firmada por Miguel L. Santero e suya. Lo creo como V. lo dice. Desde que me he encargado de este semanario son ya cinco los timos de esta clase que me han dado, sin contar los mil y uno que yo he evitado. Lo más que puedo hacer en este caso es lo que hago, desagraviar al verdadero autor. La composición que me manda irá.

P. de la B. —Un poco arreglada la insertaré.

Cucufate —Lo insertaré cuando le llegue el turno.

Y. S. —No sirve. Ni ojos ni iba se escriben con h.

J. B. y G. —Amigo mio, eso no vale nada.

A. de O. (Madrid).—Guardo el articulito para más adelante.

Silo —Veré de arreglarlo.

B. V. B. —Flojillo, pero no hay que desanimarse.

Rompe-botas (Zaragoza).—No va.

V. H. B. —Esta vez no ha cuajado.

D. X. —Lo publicaré.



Mientras me doy un paseo
y fumo la gran pipada,
ni encuentro á Cánovas feo,
ni nada me importa nada.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

GUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 48 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S. Bernardo, 27, bajo